



JUHANI PALLASMAA

HABITAR

www.ggiji.com — www.ggiji.com.mx

GG

Editorial Gustavo Gili, SL

Via Laietana 47, 2º, 08003 Barcelona, España. Tel. (+34) 93 322 81 61
Valle de Bravo 21, 53050 Naucalpan, México. Tel. (+52) 55 55 60 60 11

JUHANI PALLASMAA

HABITAR

TRADUCCIÓN DE ÀLEX GIMÉNEZ IMIRIZALDU

Ilustración de la cubierta: Rafamateo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia ni expresa ni implícitamente respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© de la traducción: Àlex Giménez Imirizaldu
© de los textos: Juhani Pallasmaa
y para esta edición:
© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2016

ISBN: 978-84-252-2923-7
www.ggili.com

ÍNDICE

7	PRÓLOGO HABITAR EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO
11	IDENTIDAD, INTIMIDAD Y DOMICILIO
45	EL SENTIDO DE LA CIUDAD
57	EL ESPACIO HABITADO
87	LA METÁFORA VIVIDA
111	HABITAR EN EL TIEMPO
127	ORIGEN DE LOS TEXTOS

PRÓLOGO

HABITAR EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO

JUHANI PALLASMAA

“Para mí cualquier tipo de arquitectura, sea cual fuere su función, es una casa. Solo proyecto casas, no arquitectura. Las casas son sencillas. Siempre mantienen una relación interesante con la verdadera existencia, con la vida”, confiesa el arquitecto Wang Shu, el ganador del premio Pritzker de 2012. Estoy en general de acuerdo con mi colega chino. La casa es un escenario concreto, íntimo y único de la vida de cada uno, mientras que una noción más amplia de la arquitectura implica generalización, distancia y abstracción. El acto de habitar revela los orígenes ontológicos de la arquitectura, y de ahí que afecte a las dimensiones primigenias de la vida en el tiempo y el espacio, al tiempo que convierte al espacio insustancial en espacio personal, en lugar y, en última instancia, en el domicilio propio. El acto de habitar es el medio fundamental en que uno se relaciona con el mundo. Es fundamentalmente un intercambio y una extensión; por un lado, el habitante se sitúa en el espacio y el espacio se sitúa en la conciencia del habitante, y, por otro, ese lugar se convierte

en una exteriorización y una extensión de su ser, tanto desde el punto de vista mental como físico.

El habitar supone tanto un acontecimiento y una cualidad mental y experiencial como un escenario material, funcional y técnico. La noción de hogar se extiende mucho más allá de su esencia física y sus límites. Además de las cuestiones prácticas de la vivienda, el propio acto de habitar es un acto simbólico e, imperceptiblemente, organiza todo el mundo para el habitante. Además de nuestras necesidades físicas y corporales, también deben organizarse y habitarse nuestras mentes, recuerdos, sueños y deseos. Habitar forma parte de la propia esencia de nuestro ser y de nuestra identidad.

No obstante, en mi opinión la arquitectura tiene dos orígenes diferenciados; además del habitar, la arquitectura surge de la celebración. Lo primero constituye el medio para definir el domicilio propio en el mundo; lo segundo es la celebración, veneración y elevación de actividades sociales, creencias e ideales específicos. Este segundo origen de la arquitectura da lugar a las instituciones sociales, culturales, religiosas y mitológicas. Como sostuvo Ludwig Wittgenstein: “La arquitectura eterniza y sublima siempre algo. Por eso no puede haber arquitectura donde no hay nada que sublimar”¹

Podemos pensar también que la casa celebra el acto de habitar al conectarla de un modo intencionado con las realidades del mundo. Los numerosos y especializados cometidos y funciones de los edificios de la vida

contemporánea son funcionalizaciones avanzadas de los actos de habitar originales, tanto de la vivienda particular como de la celebración. En ese constante proceso de especialización, la arquitectura se ha distanciado cada vez más de los contenidos míticos originales del edificio y se ha vaciado de todo significado mental profundo; solo queda el deseo de estetización. En el mundo obscenamente materialista de hoy la esencia poética de la arquitectura está amenazada simultáneamente por dos procesos opuestos: la funcionalización y la estetización.

El habitar se entiende habitualmente en relación con el espacio, como una forma de domesticar o controlar el espacio; sin embargo, también necesitamos domesticar el tiempo, reducir de escala la eternidad para hacerla comprensible. Somos incapaces de vivir en el caos espacial, pero tampoco podemos vivir fuera del transcurso del tiempo y de la duración. Ambas dimensiones necesitan articularse y dotarse de significados específicos. El tiempo también debe reducirse de escala hasta las dimensiones humanas y concretizarse como una duración continua. Las ciudades y los edificios antiguos son acogedores y estimulantes, puesto que nos ubican en el continuum del tiempo; se trata de amables museos del tiempo que registran, almacenan y muestran las huellas de un momento diferente a nuestro sentido del tiempo contemporáneo nervioso, apresurado y plano; proyectan un tiempo “lento”, “grueso” y “táctil”. La modernidad ha acometido de manera prioritaria el espacio y la forma, mientras

que ha despreciado el tiempo como cualidad indispensable de nuestras viviendas.

Me parece que los escritores, los cineastas y los artistas captan la esencia humana y el significado del habitar de una forma más profunda y sutil que los arquitectos. Para nosotros, los arquitectos, el hogar es simplemente un alojamiento correctamente funcional y estetizado, pero fracasamos al tocar los significados existenciales preconscientes del habitar. Como sostiene Martin Heidegger, hemos perdido nuestra capacidad de habitar.

En mis numerosos ensayos durante los últimos veinticinco años, a menudo he tratado aspectos del habitar debido a su papel fundamental en la constitución de la arquitectura. De los cinco ensayos recogidos en este libro, “Identidad, intimidad y domicilio” (1994) es mi primer estudio más amplio de base fenomenológica sobre el tema, mientras que “Habitar en el tiempo” (2015) es uno de mis más recientes textos acerca del significado de la experiencia del tiempo en la realidad existencial del ser humano. En conjunto, en mis estudios filosóficos de arquitectura, el énfasis ha basculado desde las dimensiones materiales, formales, geométricas y racionales, hacia otras mentales, subconscientes, míticas y poéticas del construir y del habitar.

1 Von Wright, George H. y Nyman, Heikki (eds.), *Ludwig Wittgenstein. Culture and Value*, Blackwell Publishing, Oxford, 1998, pág. 74 (versión castellana: *Aforismos, cultura y valor*, Espasa Calpe, Pozuelo de Alarcón, 2007, pág. 141).

IDENTIDAD, INTIMIDAD Y DOMICILIO

NOTAS SOBRE LA FENOMENOLOGÍA
DEL HOGAR
1994

El *homo faber* y el vacío existencial

La identidad era el tema recurrente en la obra literaria del escritor suizo Max Frisch, quien, no por casualidad, tenía formación de arquitecto. En su novela *Homo faber*,¹ Frisch retrata a un experto de la Unesco, un ingeniero —símbolo del hombre moderno—, que viaja constantemente por todo el mundo en sus misiones. El ingeniero es un hombre cerebral y realista cuya vida parece estar bajo un control racional perfecto. Sin embargo, a medida que avanza el libro, el ingeniero va perdiendo el contacto con su pueblo y con su hogar y, finalmente, con su propia identidad. Acaba enamorándose de su propia hija —a la que no reconoce—, una trágica consecuencia de la pérdida de su hogar y sus raíces. Su amor indecente le lleva al incesto y la historia termina violentamente con la muerte de la hija.

El gran error del *homo faber* reside en su convencimiento de que el hombre puede existir sin un domicilio fijo, que la tecnología es capaz de transformar el mundo de modo que ya no sea necesario experimentarlo a través de las emociones.

Muchos de nosotros sufrimos la alienación del *homo faber* en el mundo consumista actual. En nuestra cul-